

LA RAZA BLANCA Y LA CONSTITUCIÓN DE SU TRADICIÓN

La raza blanca y la constitución de su tradición. -
Preliminares. - Moisés.- La Cábala.- **El Helenismo.** -
El Cristianismo. - Influencia de Zoroastro. - Los árabes. -
La tradición oriental.

EL HELENISMO

Al mismo tiempo que Moisés desarrollaba el lado unitario de la tradición, el lado masculino de la divinidad, Orfeo en Tracia desarrollaba el lado múltiple de la misma, la manifestación femenina de la divinidad; el Politeísmo.

Mientras, los *Misterios* se instituían en todas partes para enseñar a los iniciados que los dos aspectos se sintetizaban en una sublime Unidad. Así los de Isis enseñaban los caminos de la intuición a los huraños discípulos del Dios Macho, mientras que los de Mitra y de Apolo enseñaban las vías de unificación psíquica a los imaginativos discípulos del Dios femenino. Se comprende que la historia no haya transmitido más fielmente el esoterismo de los misterios de Egipto que el de los de Jonia. Y sin embargo, cuántas bellezas hay ocultas bajo el velo gracioso de las fábulas del helenismo.

CREACIÓN DE LA GRECIA

La Europa, en parte salvaje, dependía del imperio indio, como el resto de nuestro hemisferio y cuando el cisma de los pastores estalló, fue completamente separada y pasó a la dominación de los fenicios con la comarcas de Asia y África vecinas del Mediterráneo. Estos pueblos, hábiles marinos y audaces mercaderes, recorriendo las costas se apoderaron de las colonias, establecieron otras y penetraron en ellas, así como en las sierras interiores. Los nombres que dieron a sus fundaciones fueron sacados de la Mitología o de los símbolos de su culto. Aquélla, su colonia más floreciente y más extensa, comprendía a la vez los tracios, dacios, toscos y etruscos, nombres todos que no difieren sino por el dialecto y se reducen al mismo, es a saber: un nombre positivo de Tracia, que significa en fenicio el *espacio etéreo*. Grecia, primeramente, no se distinguía de la Tracia; era el mismo nombre más restringido y menos enfático a causa del artículo inicial. El de Jonia, que le fue dado luego, y que designaba el símbolo particular de la secta Jonia, fue común a todas las posesiones fenicias así de Europa como de Asia.

Los jonios, justamente alarmados ante una doctrina (disposiciones de los tetracordios) que tendía a restringir su influencia y que temían ver su imperio, debilitado por tantos desgarramientos, destrozarse de hecho, quiso oponerse a su marcha, pero ya era tarde. El supremo sacerdote lanza en vano sus anatemas. Grecia entera se levanta y comienza a distinguirse desde entonces de la Tracia, fiel a la metrópolis. Se alza un altar contra otro y, rehusando reconocer en adelante al soberano pontífice, residente en la montaña sagrada de la Tracia, se escoge el monte Parnaso y se edifica la ciudad de Delfos, destinada a ser la ciudad santa bajo el nombre de *Pytho*. Allí fue donde la nueva secta que se decía conducida por el espíritu universal *Oleu*, situó el ombligo famoso, símbolo del hermafroditismo divino, y tomó por objeto de su culto al Sol y a la Luna, reunidos en el mismo ser, abajo el nombre de *CEtoínios*. Esta revolución que hubo de separar para siempre a la Grecia de la Frigia, aislando a esta última de la Tracia, ejerció la más

notable influencia en los destinos de Europa y un día habrá de merecer especial atención en las páginas de la Historia.

ORFEO

Orfeo es el primer hombre que constituyó época entre todos los griegos, colocándose en el centro de una esfera moral, cuya influencia se siente aún entre nosotros al cabo de treinta y tres siglos. Instruido por los egipcios, iniciado en sus misterios más secretos, se elevó al rango de Profeta y de Supremo Pontífice. Supo reunir en un mismo culto una veintena de pueblos enemigos, separados hasta entonces por sus opiniones religiosas, y rivales por sus leyes civiles, fundando esa admirable federación anfictionica en la que los decretos habían de someterse a la sanción del soberano pontífice de Delfos. Él fue quien creó esa mitología admirable de Grecia, que, a pesar de los esfuerzos enormes de una secta fanática, brilla aún a través de los ridículos harapos con que la hemos cubierto, animando nuestras artes y reinando en nuestra poseía.

LAS MUSAS

Los egipcios parece que no contaron más que con tres musas: Mileto, Mneme y Eda. Es decir, la que produce la guerra, la que conserva o designa y la que idealiza y hace todo comprensible.

Los griegos elevaron el número de las musas hasta nueve, distinguiendo a cada una por sus atributos. Dándoles es el nombre de hijas de Zeus y de Nemosina, es decir, del ser eternamente vivo y de la facultad memorativa; y las llamaron *Cleo*, la que celebra; *Melpómene*, la que canta los hechos dignos de memoria; *Talla*, la que se mueve y hace el agrado; *Euterpe*, la que entusiasma; *Terpsícore*, la que se deleita en la danza; *Erato*, la que ama; *Caliope*, la que refiere los grandes hechos; *Urania*, la que reina el cielo, y *Polimnia*, la que explica los diferentes astros.

Las nueve musas reconocen por jefe a *Apolo*, el generador universal, y toman algunas veces por guía a *Hércules*, el señor y el dueño del Universo.

PITÁGORAS

Cuando Pitágoras apareció en Grecia, enriquecida con todas las luces de África y Asia, cerca de nueve siglos después de Orfeo, encontró el recuerdo de este filósofo casi borrado de la memoria de los hombres, y sus instituciones magníficas, desconocidas o referidas a orígenes fantásticos. El miserable orgullo de decirse autóctono y de no deber nada a las naciones vecinas, dio al traste con todas las ideas. Se situó en Creta la tumba de Zeus, el dios viviente; se quiso a toda costa hacer nacer en una aldea de Beocia a Dionisio, el espíritu divino, y en una isleta del archipiélago a Apolo, el padre universal.

Se hicieron mil extravagancias de esta clase y el pueblo, soberano, que las creía, mandaba arrogantemente a las luminosas inteligencias que las creyesen. Los misterios establecidos para dar a conocer la verdad a un gran número de iniciados, perdieron su influencia; los sacerdotes, intimidados o corrompidos, se callaron consagrando así la

mentira. Y necesariamente la verdad se perdió por completo o no se encontró otra manera de conservarla.

Pitágoras fue el hombre que llegó a conocer este secreto. El hizo por la ciencia lo que Licurgo había hecho por la libertad. Este, como legislador, instituyó en un punto de la Grecia un núcleo de soldados contra el que fue a romperse el despotismo persa.

Pitágoras, como filósofo, instituyó una asamblea secreta de hombres sabios y religiosos que, extendiéndose por Europa, Asia y hasta África, lucharon contra la ignorancia y la impiedad, que se iba haciendo universal. Los servicios prestados a la humanidad fueron inmensos. La secta que creó y que, hoy mismo, no se ha extinguido enteramente, después de haber dejado como un surco de luz en medio de las tinieblas amontonadas sobre nosotros por los bárbaros, la caída del imperio romano y la erección necesaria de un culto intolerante y supersticioso, hace que la restauración de las ciencias sea antes factible que lo hubiera sido sin su concurso, economizándonos muchos siglos de trabajo.

יהוה

